

todos y á todos nos tiraniza de manera que hasta Elías y Henoch morirán en la última hora del Universo á manos del Antecristo, justificando así el haber consentido la muerte de su padre.

Este libro apócrifo presta indudablemente á Cristo un amor humano á su familia que no concuerda con lo que dicen los libros ortodoxos. Así los grandes autores eclesiásticos de otros días, como los autores eclesiásticos de nuestro tiempo; así la venerable franciscana sor María de Agreda y el gran escritor jesuíta Ribadeneira y los á nosotros vecinos ó contemporáneos como Casabo, Maimard, Orsini, Veuillot, confiesan que muchas veces Cristo llevó el trato con su padre y con su madre hasta los límites rayanos con el desabrimiento y el despego. Piadosos, piadosísimos todos ellos, los antiguos y los modernos, pecando más bien por exceso de fe que por exceso de crítica, se afanan por cohonestar este proceder con la perfección propia de Cristo y de su naturaleza. Ya metidos en tal empeño, dicen que nuestro Salvador refrenaba el amor natural de sus parientes poniéndoles ante la vista, con observaciones veladas, pero transparentísimas, la naturaleza verdaderamente sobrenatural suya y el Padre celeste que tenía él allá en las cúspides inaccesibles del universo y en los senos inefables de la gloria. Y explíquenlo cual quieran los historiadores

místicos, debe constar que los cuatro Evangelios y los cuatro evangelistas canónicos rehuyen hablar del parentesco tenido por Cristo con tantos y tantos mortales. Todavía el Evangelio de San Mateo y el Evangelio de San Lucas, escritos á la sombra de la sinagoga, se gozan hablándonos de la familia, de la infancia, del nacimiento, de la peregrinación por Egipto, de los primeros años del Salvador; pero el Evangelio de San Marcos, empezado en la predicación de Juan, y el Evangelio cuarto, empezado con las definiciones del Verbo, apenas dicen cosa de los parientes del Salvador, y si la dicen, resulta siempre tan breve como áspera. Sólo en el milagro de Caná y sus bodas influye directamente María Santísima. Caná, riente villa de Galilea por los tiempos del Salvador, aparece hoy á la vista del viajero como confuso montón de tristes irreparables ruinas. El valle, cual todos los valles galileos, brota, donde quiera que se filtra una fuente ó que fluye un manantial, espléndida vegetación, rica y varia. El espinoso azufaifo, cuyas ramas aparecen como esmaltados plumajes; el cactus retorcido que se diría de metal; aquellas copudas y umbrosas hayas; los olivos de toque oscuro y ceniciento; el granado tan brillante con sus rojas flores ofrecen una flora que á una enriquecen tanto arbusto salvaje, tanto vegetal oloroso como allí se produce con

espontaneidad; salvia, espliego, tomillo, alcaravea, zarzamoras y zarzarrosas, es decir, flores abundantes, frutos abundantísimos, aromas embriagadores, jugo de la tierra para nuestras venas que luego se trueca en humana y ardentísima sangre. Pero, entre todas estas maravillas del mundo vegetal, sólo hay escombros. Las mezquitas de Mahoma sembradas allí doquier por los árabes y las basílicas remedadas de Bizancio que, á su vez, y por su parte, construyen los cristianos helénicos, dispútanse con empeño el sitio donde Cristo hiciera el primer milagro que le atribuye su inspiradísimo evangelista San Juan. Piedras rodadas quizá por las edades prehistóricas, colinas semejantes á cementerios mahometanos, columnas rotas como esos árboles que troncha el huracán ó arrastra la inundación, cornisas aparejadas para bebederos de bestias, grutas y cavernas donde buscáis los recuerdos religiosos é invenís las alimañas errantes; he ahí lo que resta del Caná evangélico, tan exaltado por los pinceles católicos. Y allí en Caná pasó la escena que, al pie de la escrita letra, copiamos en el Evangelio de San Juan: «Y de allí á tres días, como se verificaran unas bodas en Caná de Galilea, fué á ellas la madre de Jesús. Y fueron también Jesús y sus discípulos. Y como faltara el vino, la madre de Jesús le observó: «No tienen vino.» Y Jesus le

dijo según el texto latino: «¿Qué nos va en eso á mí ó á ti?» Según el texto griego: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha sonado mi hora.» Y dijo la Madre á los que servían: «Haced cuanto él os dijere.» Y había seis hidras allí de piedra destinadas á las abluciones para los judíos. Y en cada cual de ellas cabían dos ó tres cántaros. Y Jesús les dijo: «Henchid estas tinajuelas de agua.» Y llenáronlas que rebosaban. Jesús les dijo: «Sacadlas ahora y lleváoslas donde está el maestresala.» Y las llevaron. Y en cuanto gustó el agua hecha vino, éste, no sabiendo cómo ni de qué provenía, si bien sabíanlo todos los sirvientes por haber sacado el agua, llamó al novio el maestresala y le dijo: «Todos ponen primero el buen vino, y cuando ya están satisfechos los convidados, entonces danles el peor; pero tú guardas el vino hasta ahora.» Tal fuera el primer milagro por Jesús obrado en Caná de Galilea, manifestando así la gloria suya, por lo cual creyeron en él sus discípulos.

Mientras los heterodoxos discuten el caso este sin tasa y sin medida, los ortodoxos no acaban jamás de comentarlo y hacerse lenguas respecto de su trascendencia y significación. En sentir de los escritores piadosos, tal milagro representa una profecía en símbolos é imágenes, profecía de hecho

ciertamente mucho más trascendental que las profecías dichas ó habladas por los antiguos profetas. Para creyentes de fe tan pura, el poder de María sobre su hijo estalla en este supremo instante. Sus palabras les parecen oraciones mudas que dirige á su hijo la Madre Santísima. A pesar de traducir la reconvención de Jesús á María en el sentido más duro y áspero, como diciendo que nada existe de común entre hijo y madre, atenúa la, derivándola, no del carácter humano, del carácter divino y sobrenatural de Nuestro Salvador. La frase de María ordenando á los criados hacer cuanto Jesús les dijese tradúcenla por una revelación interior, que pasa desde Jesús á su madre, sin gestos y sin palabras, innecesarias para dos espíritus en contacto. Las seis ánforas apercebidas para la purificación judía; el agua en sus entrañas vertida por los criados y que por sus bocas rebosaba; la conversión de tal contenido en mosto de un sabor y de un aroma indecibles parécenles á los ortodoxos un motivo determinante, una razón suficiente de aquella fe viva, en la cual debemos todos librar nuestra salvación, como la libraron también los primeros apóstoles. Mas en Cristo, según la ortodoxia, no dominan los hechos circunstanciales, no influye, no, el medio ambiente, no valen los apóstoles y los discípulos, por no hacer él cosa

ninguna que no tenga un misterio y no aporte una enseñanza, en virtud de lo cual esta contestación asperísima, dada con toda voluntad á su madre, aparece una de las primeras, si no la primera revelación de su divino carácter, indispensable, cuando comienzan sus predicaciones, con sus predicaciones sus combates, con sus combates sus dolores, con sus dolores los apercebimientos y la preparación para su vida purísima de apóstol y su muerte de Redentor. Al indicarle María cómo los asistentes al festín aquel no han vino, dirígese á la naturaleza sobrehumana del hijo suyo, y espera de la omnipotencia y de la omnisciencia, reconocidas por ella en él, un milagro. Y aquí explican la terrible palabra del Salvador cuando, en vez de llamarla madre, como solemos todos los mortales en alegrías y en penas dirigiéndonos al amado sér cuyas entrañas nos engendraran y cuyos pechos nos nutrieran, en vez de llamarla madre, le llama rudamente mujer; y en vez de holgarse, complaciéndola con toda su voluntad, le demanda ¿qué hay de común entre los dos?

Así traduce Veuillot, el célebre ultramontano, en su *Vida de Jesús*, la frase dirigida por éste á María: «Y dicen aquellos que pasan como voces y oráculos de la Iglesia: aunque María fuera la Madre del Hombre Dios, y por la indisolubilidad en-

tre las dos naturalezas la Madre también de Dios, sin embargo, no es Madre de su divinidad, y bajo este concepto nada puede haber de común entre su persona humana y la persona de aquel Dios, cuya hora no suena todavía en aquella sazón. Muchos escritores irreflexivos, añade la ortodoxia, maravillanse de lo que llaman ellos dureza de lenguaje en Cristo, sin comprender cómo el divino Maestro debe antes luces al mundo que caricias á la madre. Así María, ni se queja ni se duele de haber sido reprendida, más bien que acariciada, pues conociendo la fuerza de su poder sobre la voluntad altísima de su hijo, advierte á los servidores que hagan cuanto Jesús les diga para que se cumpla el milagro por ella deseado. Al cambiarse, continúan ellos, el agua en vino, tal maravilla se obra por virtud intrínseca de una palabra interior, no articulada, por virtud intrínseca de la interior y calladísima voluntad celestial. La diferencia entre la palabra humana y la palabra divina está en que nuestra palabra significa solamente y dice, mientras la palabra de Dios crea lo mismo que dice y significa. Tras tal apotegma elévanse los doctores católicos á las inaccesibles alturas teológicas y dicen que antes de hablar Dios y su Verbo sobre los espacios desiertos y vacíos, no había tierra, no había cielo, no había mar, no había estrellas en las

alturas, no había especies en el planeta; y á una palabra de sus labios, creadora palabra, todo luce, todo nace, todo se cria, los ángeles en el empíreo, los animales en el polvo. Y como ha nacido á la palabra suya el universo, también á la palabra suya puede aniquilarse. Y si crea y si aniquila todas las sustancias, esta palabra, creadora ó destructora, según la divina voluntad, en quien se juntan la muerte y la vida, también puede, también, transformarla. Si Dios lo quiere, precipítanse las criaturas en los abismos de la nada; si Dios lo quiere, toman las criaturas alas y suben hasta las inaccesibles eminencias de los cielos.» El inspirado San Ambrosio afirma que Dios acostumbra desde los primeros días de la creación á mostrarse autor de todo lo criado, transformándolo. Y la varilla férrea de Moisés tórnase culebra ó serpiente; y el ramo seco de José florece con azucenas y se anima con palomas; y las murallas de Jericó se tornan polvo al són de las trompetas bíblicas; y las aguas amargas se vuelven dulces, cuando cree necesario extinguir la sed ardiente de su pueblo. Renovando en Caná, dicen, esta señal de soberanía, obra de manera súbita, lo mismo que todos los días hace y renueva, sin que lo advirtamos ni lo pensemos. A diario y á la continua el rocío celestial, caído de las nubes y filtrado en el campo, absórbelo por sus

raíces, otras tantas bombas, la cepa, y destilándola en el alambique de un racimo, por los rayos del sol madurado, cambia el agua en vino, sin que grite-mos: milagro. La transmutación instantánea, según los dichos escritores, no es más difícil ni menos misteriosa que la otra. Quien de la nada primero hizo las sustancias todas y luego los útiles de su transformación, bien pudo transformarlas, prescin-diendo por completo de los instrumentos por él apercebidos y dispuestos. El cambio de agua en vino figura para los piadosos otro cambio más hu-mano y trascendental en la naturaleza nuestra. Los meros cántaros, ó urnas, ó ánforas, agrándan-se hasta significar los magnos períodos que hay de Adán á Noé, de Noé á Abraham, de Abraham á Moisés, de Moisés á David, de David al cautiverio babilónico, del cautiverio á Jesucristo. Estos pe-riodos contienen la revelación del futuro Mesías expresada y significada por el agua en el estilo de la Escritura. Y sin esta revelación, indispensable á purificar los judíos, quedarán todos los siglos, pre-decesores de nuestra redención, estériles y vacíos. Cristo se hallaba oculto en la Biblia como en las aguas el vino. Y las ánforas, todas seis, rebosan cuando rebosan las profecías también. Así al ex-clamar María que no tienen vino los novios de Ca-ná, y que precisa un milagro, en realidad quiere

decir que no tiene ya espíritu el mundo antiguo y que necesita una revolución. Y Jesús, cambiando el agua en vino, después de haber escuchado el ruego de su madre, anuncia cómo se reemplaza el sentido literal por el sentido espiritual en la reli-gión, la letra que mata por la idea que vivifica, la figura y el símbolo por la viviente realidad. No sólo cambiará el agua en vino, cambiará el espíri-tu idólatra en espíritu cristiano, embriagará las almas, dirá que todos escancien ideas en la nueva doctrina. Volveránse castos los impúdicos, humil-des los soberbios, y hasta los tímidos valerosos, para confesar á Dios. El misterio de la Eucaristía se anuncia en sentir de los místicos desde tales bodas. De aquellas ánforas proviene ahora el vino rebosante de los cálices en la cristiana misa. Como cambia el agua en vino para los convidados cam-bia el vino en sangre suya para los fieles. En con-cepto de los escritores ortodoxos, el novio de aque-las nupcias fué Simón, apóstol después, y la novia una de tantas mujeres como acompañaron á María en todo el transcurso de su vida y la siguieron has-ta el Calvario. Las letras místicas descubren á una en tal escena todo cuanto constituye luego el sím-bolo cristiano, comienzo de la Iglesia, intervención de María, fe de los discípulos, pan y vino eucarís-ticos, muestra del poder divino y de la naturaleza

sobrehumana que hay en Cristo, comunión de los santos.

Imposible pasar ante una escena evangélica de tal importancia sin ver y considerar cómo la expresa el arte. Venecia distínguese por haber hecho asunto capital de sus pintores más magníficos todo este paso de gloria y de gozo. Las azules y argénteas cintas de sus canales; el centelleo y fosforescencia de tantas estelas dibujadas por las quillas en sus claras aguas; los muelles de mármol á cuyos pilotes de colores las góndolas misteriosas y negras están atadas; los monolitos de reluciente y dura materia que parece como un metal, coronados por animales simbólicos; las galerías altas y aéreas con sus diademas de maravillosas estatuas; los intercolumnios de pórvido, entre cuyas pilastras entallaban los brillantes y multicolores mosaicos, ofrecían teatro vastísimo y apropiado para las mesas llenas de áureos jarrones con relieves artísticos, de copas cuajadas por chispeante pedrería, de cristales finísimos como el aire, de un teatro y decoraciones apropiadísimos á los innumerables brocados que vestían tantos patricios resplandecientes, y á los innumerables tisúes que vestían tantas mujeres hermosas, y á las orquestas muy concertadas, y á los goces por todo extremo intensos, y á las fiestas orgiásticas. El pintor veneciano, llámese Giorgione,

llámese Tintoreto, llámese Carpaccio, llámese Pablo Veronés, llámese Ticiano, ya pinte la Natividad, ya pinte las Adoraciones de los Reyes y de los pastorcillos, encerrará todos estos asuntos pictóricos en el relumbrante Lido, en el muelle de los Esclavones, en la piazzeta y en la plaza de San Marcos, en las islas que parecen jardines flotantes ó naves fantásticas con velámenes de tisúes y cordajes de oro y palos de coral, en donde quiera que la ciudad ofrezca una decoración maravillosísima, sin curarse ni de la propiedad histórica, ni del color local, ni de ningún otro objeto que no sea la reproducción maravillosa de su patria. Bajo tal imposición de las convenciones sociales y de las leyes históricas; Pablo Veronés olvida completamente que la milagrosa escena de Caná pasó dentro de humilde aldea, bajo la sombra de árboles asiáticos, entre gentes modestísimas de los campos, en el sencillo escenario evangélico, con trajes severos propios de los nazarenos, según la semítica patriarcal costumbre, y forja una decoración como sólo puede ofrecerla en todo aquel esplendor el gran canal de Venecia, y llena la decoración fingida, verdaderamente maravillosa, de muchedumbres vestidas con todos los ricos trajes venecianos, que han eclipsado en esplendores todo el maravilloso lujo anterior y posterior á ellos, oyéndose chocar las copas, cantar

los coros, sonar las orquestas, reír los bufones, respirar los placeres, hervir la embriaguez, extenderse por todas partes como una savia que dé fiebre los delirios de la orgía, latir como un corazón impulsado por el amor ó como unas sienas agitadas por la inspiración, la vida exuberante de aquellos siglos, en que los despojos de todos los mares caían á los pies de la diosa Venecia. Y he aquí por cuáles transformaciones la simple comida nupcial, donde María mostró el influjo sobre su hijo y éste la fuerza milagrosa de su poder divino, se trastrueca en una orgía ideada por la imaginación en delirio de un artista pagano y puesta, no obstante un tal paganismo, en las iglesias católicas, bajo las bóvedas por donde vuelan las oraciones y sobre los altares en que se dice la sagrada misa.

## XVIII

A pesar del influjo ejercido por María en Jesús para el milagro de Caná, es indudable que pretendió el Salvador siempre mostrarse como desligado y aparte de su familia humana, para que así resaltase mejor lo divino y lo sobrenatural, tanto de su origen como de su ministerio. Cuando, en aquellas parábolas confiadas al viento, como le confían su fecundante semilla las palmas, Jesús

toca en lo sublime, y dice verdades absolutas, de las cuales todos los espíritus habrán de alimentarse hasta la consumación completa del mundo y del tiempo, sus enemigos le dan en rostro con su nacimiento humilde, con su villa galilea, con su cuna de pajas, con su oficio de carpintero, con sus padres modestísimos, profeta, revelador, mártir, Jesús enseña que aquel corazón suyo no cabe dentro del nido estrecho de un hogar; que la familia humana y temporal suya no corresponde á quien desea tener por hermanos en una especie de familia espiritual á todos los hombres; que posee un padre, sí, pero un padre allá en los cielos; una madre, sí, pero una madre, á la cual debe llamársele propiamente la eternidad, por estar en ella el arquetipo de todas las ideas y la palabra creadora de todos los seres. Según esta razón, Cristo se afecta, como de una molestia y de una contrariedad, si le recuerdan su origen idéntico al origen de todos los hombres, y sus padres parecidos á cuantos conservan por el amor nuestra especie. Y si al gesto de incredulidad, que oponen los duros oyentes, percibiendo aquella palabra, cuyos ecos elevan á Jesús de su aparente condición humilde á las más excelsas alturas, únese la presencia de los padres mismos, recordados por los incrédulos como testigos de su identidad vulgar con todo el mundo, enton-